

Presentimiento de una nueva Cultura Universal

Luis LOPEZ DE MESA

Discurso pronunciado por su autor en la sesión de clausura del Congreso Histórico de Medellín, el 5 de febrero de 1944.

Desde hace históricamente treinta siglos el espíritu del hombre venía desenvolviéndose dentro de la majestuosa estructura conceptual de la Cultura de Occidente, de la Cultura Eurasiática, diré mejor y en ella vertieron su genio filosófico y artístico, político y religioso, económico y técnico, los más preclaros varones de la estirpe humana. Dentro de ella amaron y soñaron, lucharon y sufrieron, gozaron de sí y crearon nuevas formas de existencia, vivieron, en una palabra, y devolvieron su alma a los abismos enigmáticos del sér, nuestros padres y maestros en el orden de la sangre y en el orden del espíritu.

Mas ello es que en los últimos tres siglos esa cultura orgullosa y espléndida ha presentado graves signos de fatiga, y que hoy revela franca decrepitud en varios géneros de su función esencial de rectora y estimuladora del espíritu, de rectora y estimuladora de la conducta del hombre, de rectora y estimuladora de nuevos rumbos de creación ideal: Si mi humilde pensamiento no se equivoca fundamentalmente —y quiera Dios que se equivoque— las normas de esa cultura ya no rigen ni el entendimiento ni la voluntad de las sociedades cultas de hoy día, ya, por ende, perdió el comando de la conducta interior del

hombre, por una parte, alarmante, sin duda, y, por otra, ya dentro de ella no caben algunas de las novísimas adquisiciones de la experiencia humana, psicológicas y técnicas principalmente, por lo cual no sería ilusivo decir que esa cultura, vigente aún, ahora no es operante, y sigue viviendo a guisa de ciertas leyes absolutas de la administración nacional que sin haber sido "ex profeso" derogadas, no surten ya efectos, no viven al presente en la vida actuante y real de la república.

Sin embargo, no se puede decir que esté muerta, porque aún la sostienen dentro del alma de quienes nacimos a su amparo, tenues hilos sentimentales, y por sentimentales poderosos todavía, y porque, no existiendo un reemplazo suyo en la dinámica social, en el haber y el devenir de las sociedades, aún disfruta de una "acción de presencia" en dilatadas esferas y territorios de la estirpe.

¿COMO PUDIERAMOS entender nosotros esta senectud y descaecimiento de la Cultura Eurasiática? Porque sin este entender su esencia y sus destinos, nuestra generación andará a ciegas de la suya y de los suyos, vivirá conturbada por el vacío espiritual interior y el vacío cósmico exterior que produce, de ambos lados, la carencia de una satisfactoria interpretación de la existencia y del sér, del origen y del objeto de este prodigioso "fenómeno" de la vida humana y del mundo, y será una generación angustiada, conceptiva y preceptivamente trunca, una generación "kinóbata", es decir, que marcha sobre el abismo.

No se requieren ni grande erudición ni especial sutileza para dilucidar estos hechos, basta contemplarlos perfunctoriamente para desentreneñar su gigantesco contenido:

Así, en religión, el hombre occidental vivía constantemente en la presencia de Dios y del Demonio, presencia real, como lo atestiguan, entre miles, Lu-

tero, el revolucionario, y San Francisco de Asís, el más grande mensajero de Cristo tal vez. Los hombres de aquella Edad conversaban familiarmente con Uno y Otro, y tenían de su existencia inexpugnable certidumbre. En cambio, hoy día, el teólogo, el filósofo y el místico cristianos mantienen apenas una "noción" de la divinidad y del demonio, sin ninguna imagen de ellos ni comunicación personal directa. La teología de esa cultura eurasiática tropezó entonces en un callejón sin salida, en el "áporos" rumbo de sus propias definiciones: Porque, concebida la divinidad como infinita, omnipresente y simple, su presencia no podía ser auto-limitada ni hetero-limitada al espíritu del hombre, sin contradecir su infinitud. Lo único imposible que le quedaba a la omnipotencia era eso de auto-limitarse, eso de restringir su presencia en el mundo. Y esto establece y define toda una revolución conceptual: De ahí que el agnosticismo sea ahora la actitud entrañada de nuestros contemporáneos más cultos, y aun de las masas ignorantes; de ahí que la conducta de nuestra generación carezca de normas indeclinables de fundamento religioso y marche erráticamente al azar de un criterio personal íntimo, de hábitos o de simple orden de convivencia social, ineludible "exteriormente".

Y esto ya no es una estructura espiritual coherente.

ASIMISMO, luengo tiempo hace que la filosofía adolece de una situación conceptual caótica, sin la prestancia de aquellos sistemas sintéticos que la hicieron antaño normativa para todos, con leves discrepancias de interpretación colateral, pero dentro de un fondo unívoco convincente, y lo que es mejor aún, tranquilizador y persuasivo. Hoy asistimos a la atomización de las opiniones, a la sutil disociación de las ideas, a la búsqueda de alvea-matriz de las verdades, del gran cauce de su convergencia y re-

poso, sin resultante genérica alguna, hasta hoy, que nos satisfaga y tranquilice: Es un hacinamiento de menudas observaciones, felices a veces, pero precarias de suyo, e ineficaces para la proyección de un conjunto ideológico armoniosamente estructurado: Facetas sólo de la verdad universal y vagos afloramientos de la recóndita urdimbre del sér.

La rápida sucesión de esas escuelas de la filosofía contemporánea, la angustia con que bucean en la ciencia y en el subconsciente, en la experiencia del presente histórico y del pasado espiritual del hombre, y la poca, si alguna, certidumbre que suscitan en el alma y en el ánimo de las nuevas generaciones, nos dicen de su frágil interpretación del mundo y de su propia deleznable arquitectura ideal.

Muchas palabras que tuvieron extraordinario valor ideológico en esa cultura, han cambiado de contenido o perdidolo totalmente, y los conceptos en ellas encerrados, después de haber sido durante treinta siglos aguzados y sutilizados hasta la máxima potencia interpretativa del espíritu humano, casi hasta la "evanescencia" o el desvanecimiento de su prístina significación, y de haber conformado, encauzado y como polarizado en cierta armadura y ciertas direcciones la mente humana, se nos aparecen hoy gastados e infecundos para nuevas creaciones del espíritu. Dieron de sí cuanto podían aportar gnosiológicamente dentro del campo de ideación que ellas mismas constituyeron, y dentro del potencial creador de esa mente que ellas estructuraban e informaban al tenor suyo y con su índole, por lo que, exhausta hoy su virtud gobernante y genitora, quedan en el haber humano como faros apenas de un remoto rumbo, transitado ya y sin regreso.

De este orden son: causa y efecto, ente y nada, substancia y fenómeno, esencia y existencia, materia y espíritu, finito e infinito, simple y complejo, orgá-

nico e inorgánico, actividad y reposo, sensibilidad y conciencia, calidad y cantidad, espacio y lugar, ritmo y modo, extensión y forma, intensidad y número, etc., que como conceptos requieren nueva interpretación o no admiten ya interpretación ninguna. Hoy día muchas de ellas son a modo de signos monetarios para el comercio de las ideas, que aún conservan algún valor de cambio, pero ya no un valor en sí, únicamente inteligible.

SIN DUDA, algunos de los conceptos que acabo de enumerar son ahora meramente científicos o forman el cuerpo de estudios desligados ya del filosófico, pero aún se conservan tangentes a la filosofía en su amplia significación genérica: Dentro del radio de lo que se entiende por estrictamente científico, triunfo gigante, si los hubo, de la cultura eurasiática, en su última jornada occidental sobre todo, triunfo majestuoso que ha encumbrado al hombre moderno a la demiurgia de un creador de la naturaleza, de un modelador suyo, en todo caso, y de un rey de la creación, según la arcaica voz de las religiones, en ese mismo ámbito de su imperio espiritual, digo, surgen hoy día problemas que se van haciendo insolubles para las leyes tradicionales de esta cultura: El análisis indefinido, la constante bifurcación o dicotomía de las investigaciones y adquisiciones técnicas, nos está llevando a una progresión geométrica de las nociones, ya que no cabe en la mente individual, y sólo puede subsistir mediante el auxilio de la escritura y su acumulación en las monstruosas bibliotecas del mundo contemporáneo, Es algo que amenaza congestionar por tal modo la inteligencia del hombre, que puede en un momento dado abrumarla e invalidar su adecuado ejercicio.

No bien se descubre algún cuerpo químico del orden orgánico, sobre todo, cuando se multiplican los hallazgos de derivados o asociados suyos, que a poco

más constituyen “una familia” de la más intrincada parentela y más abstrusa nomenclatura que sea dable presuponer. Y así, la química orgánica tiene que fraccionarse en miles de especialidades, la biología, otro tanto, la medicina ídem. “Aparece” una enfermedad, y a poco se la diferencia en cinco, diez o veinte distintas, con distintos microbios o distintas perturbaciones somáticas y funcionales, hasta el punto que la ciencia de un año es ya vetusta al siguiente, en una imagen de carrera maratónica que nos deja sin respiración, ni sosiego de equilibrio mental posible.

Y ese sosiego de “equilibrio” mental es requisito básico para el espíritu del hombre, si no queremos que se desorbite y enloquezca. El espíritu humano necesita consolidarse en el reposo de las grandes síntesis. El desmenuzamiento de su haber conceptual le produce vértigo en los procesos de su imaginación, obscuración y desarmonía en la fábrica de sus ideas, caos en la consecuencia de sus voliciones y conducta.

Ante la magnitud inconmensurable de los bienes con que esta ciencia analítica nos está dotando, no dejará de parecer ridícula esta aprensión acerca de sus efectos en la contextura y ordenamiento funcional de la psique, mas ello es que en un análisis de la índole del presente, me es indeclinable el sugerir siquiera su existencia y posibles derivaciones futuras.

Y SI ESTO impresiona mi espíritu, más aún le ha conturbado el presentimiento de que las grandes adquisiciones del saber humano con que la ciencia y la experiencia psicológica se han enriquecido, no armonizan con las “categorías”, “axiomas”, y “definiciones” que rigen el devenir de aquella cultura occidental eurasiática y son, o fueron, los sillares de su milenario edificio.

Uno no ve al presente las divisiones insalvables entre las especies del sér, ni para el reino mineral, ni

para el reino de la vida; el cristaloides y el coloide que antes se distinguieron uno de otro, no son ahora insoluble trinchera entre los dos, que cristales vivos vemos al presente, y cristales inorgánicos también que se comportan como seres vivientes en su generación y procedimiento evolutivo; ya entre razas y especies se acortaron las distancias; y la herencia dejó su inmutabilidad para obedecer a transformaciones experimentales, que son verdaderas creaciones de naturaleza insólita y fecunda; los mismos cuerpos simples de otra época, pueden cambiar de esencia y hacerse otros; ya, en fin, no se nos aparece el mundo como una asociación de elementos y funciones de perenne esesidad, sino como la gradación de una misma entidad en ascendente complicación de modalidades de un mismo sér.

VIENDO alguna vez desarrollar a la inversa una película cinematográfica tuve la primera intuición de que la causalidad no es lo que por tal tuvo siempre la cultura de occidente: Nada, al parecer, tiene virtud de creación en sí, nada es fuente o venero de ninguna novedad esencial, sino que, según su posición, es motivo de novedades existenciales, lo que es muy diferente de suyo, y muy importante de saber estrictamente: La posición del electrón en el átomo, del átomo en la molécula, de la molécula en la estructura celular de órganos y tejidos, desde el embrión hasta el sér en la asociación o en la sociedad de los suyos, mineral, vegetal, animal o humana, y de los mundos en el espacio, y del espacio en la infinitud de las expansiones posibles: he ahí lo que equivale a la antigua noción de causalidad y nos coloca ante un nuevo orbe cultural psíquico, ante la indeclinable implantación de una nueva cultura.

LAS NOCIONES de tiempo y de lugar no pueden hogaño concebirse independientes del sér de quien se predicán, porque éste las trae consigo y de suyo las

valora y sustentà por tan preciso modo que cada sér. posee su tiempo y su espacio, según el ritmo existencial que le caracteriza y define: Basta anotar la propia experiencia íntima para entender que aún dentro de nosotros el tiempo no es patrón externo de medida, sino relación de intensidades: Un minuto puede equivaler a un siglo de duración en la actividad afectiva, perceptiva y aun creadora del hombre. Ese minuto tiene un siglo de contenido real, aunque el tiempo exterior, medido por el ritmo de otros seres circundantes, la rotación de la tierra, por ejemplo, diga otra cosa y otra cosa indique.

Tampoco no existe lugar "donde" las cosas sean "colocables", sino que cada cosa crea un lugar, su lugar. Espacio sin seres es una falsificación de la fantasía humana, que ampliada y como generalizada, ha dado ocasión al seudo concepto de la "nada", que no es más que una eliminación imaginativa del sér con conservación de su espacio, o sea paralogismo infantil, como el que consistiría en suprimir el ente y conservar las funciones de su entidad, como sería suprimir el móvil y pretender conservar el movimiento.

El espacio se concibe como la posición de un cuerpo con relación a la posición de otro cuerpo, y el tiempo como la sucesión de distintas posiciones de un mismo cuerpo: de ahí la íntima relación entre espacio y tiempo, y su indisoluble relación con la existencia del sér.

ESTA MISMA existencia puede considerarse como posición del sér.

Si tomamos un ejemplo particular de la naturaleza, el carbono, digamos, vemos que según la posición de sus moléculas se nos presentará como carbón, o como diamante o como núcleo de vida en los cuerpos organizados.

Si contemplamos la disposición de las ondas "etéreas" su tamaño, que es una posición, nos las diferen-

ciará en rayos luminosos de diferente virtud, y en vibraciones más o menos numerosas que son los cambios de posición de su entidad.

La existencia de estas especies de carbono y de luz surge, pues, de las respectivas posiciones de su propio sér.

Pero, entre las numerosas especies que constituyen los seres de la naturaleza no existe el abismo aislador que entre especie y especie presuponía nuestra cultura tradicional, antes se encadenan unas con otras en serie ininterrumpida, por clímax o gradaciones de número ascendente y complejidades de posición, que las van diferenciando unas de otras, y las van dotando de nuevas funciones. Mas ello es que el mero número "extérno", sin nuevas posiciones, como sumando apenas, no ayuntaría nada, o poco menos que nada, al sér inicial, al ente simple de que arrancan las variaciones, que con el tal número solamente acrecerían el potencial de su virtud, mas no producirían la mutación de esa virtud, y así, puede colegirse de ello que es la variedad de posiciones "íntimamente" combinadas con él, lo que engendra la variedad de funciones, la multiplicación de las especies ónticas.

Esto lo ilumina bien el caso del sonido, pues que sumando cuantos se quieran de una misma nota, aumentará la potencia audible, mas no se diversificará en sí, y sumando varios al azar, surgirá sólo el ruido: para obtener un arpeggio o una sinfonía, indefinidamente, se requiere la posición de los sonidos en acordada graduación o escala rítmica.

Lo mismo ocurre en la distribución de un cuerpo para que de él puedan derivarse otros.

Y en la vida asociada del hombre, esto tiene importancia suma, como así lo revela la virtud que, por su posición, tienen un hecho inicial en las grandes revoluciones de la historia, una idea primogénita en la organización de los sistemas ideológicos del pensa-

miento, o la situación eminente de un individuo para la eficacia de sus empresas intelectuales y políticas: es siempre la posición la que va rigiendo los destinos del sér y sus funciones.

EMPERO, no debe pretermitirse, ni minorarse en forma alguna, la augusta participación del número en el proceso genitivo del mundo: la posición y el número están tan entrañablemente asociados en este hacerse y este devenir de la naturaleza, como el espacio y el tiempo en sus funciones, sino que al interpretar el inmenso valor del número en tal abscondito sentido suyo, es ardua tarea que apenas han vislumbrado los hombres hasta hoy, y muy "apenas" ciertamente.

Si contemplamos la vibración como un cambio rapidísimo de posiciones, veremos que a mayor número de cambios de posición sucede mayor intensidad en las acciones y, lo que es todavía más significativo, nuevas virtudes del movimiento, y así, al conjugarse posición y número adquieren o asumen (yo esto no lo sé), un extraño poder de generación, que merece algún análisis, imposible de realizar en estas breves líneas de mera indicación de rumbos.

EL AGOTAMIENTO de la virtud genitora de ideas y directora de conducta de esta cultura de occidente se aprecia, asimismo, en su incapacidad para resolver los magnos problemas sociales de la política nacional e internacional de los pueblos libres, pues no pudo con sus normas darles nunca un día de sosiego efectivo, ni acertar en la organización de la democracia a que constantemente aspiró en el decurso de las treinta centurias de su máxima vigencia.

Tampoco pudo resolver las relaciones económicas de las sociedades humanas, cual lo dicen el caos aún existente en ellas y las múltiples tentativas que está ensayando para producir esta solución, desde hace tiempos angustiosa, e inaplazable hoy día.

El arte, después del afortunado advenimiento de la novela y de la música, "patina" en la fatigosa repetición de sí mismo, hasta el punto, grave de cierto, de existir ahora una superproducción de palabras, en vez de una producción de obras efectivamente insignes, con el riesgo de agobiar la flaca aptitud del hombre para ordenar su masa ingente en eficaces aportaciones de experiencia, ni menos aún para sintetizarla en el armónico conjunto de una sabiduría indefectible.

Superproducción de palabras en el orden literario. Pero, también, impotencia de engendrar un nuevo campo de operaciones artísticas: ningún instrumento de creación estética como el cinematógrafo tuvo nunca el hombre, que en sí reúne, palabra, pintura, música, arquitectura, paisaje y espíritu y movimiento, sobre todo movimiento, el gran cautivador de la atención humana y el brujo por excelencia para la mutación concatenada de los ambientes y de los episodios, y véase lo que hasta hoy, fuera del campo científico, se entiende, ha realizado: la incesante repetición del dulce apólogo de la Cenicienta, miles de veces reproducido con leves variaciones decorativas; la imitación caricaturesca del costumbrismo exótico de la colonización audaz o del mundillo suburbano de las metrópolis; y la adaptación de las obras literarias del pasado, con muy relativo buen éxito seguramente, con muy relativa conmoción real del alma. Es que el dicho cinematógrafo está trabajando en las minas de la exhausta cultura de occidente, y en tanto y por lo tanto, se resiente de la infecundidad de esa cultura.

SON HECHOS de apreciación elemental, que un niño podría definir correctamente, y que anoto con leve rubor de estar diciendo trivialidades, pero imperativamente movido a ello para adelantar otros juicios de más entidad cognoscitiva acerca de la cultura que parece estar naciendo en este instante histórico del mundo.

Hechos triviales hasta para un niño, porque nadie ignora hoy día que la cultura de occidente no pudo definirnos los conceptos supremos de Dios, alma, mundo, conciencia y vida, y por consecuencia, estos supuestos básicos de la actividad mental del hombre han desfallecido al punto de no ser ya imperativos en la conducta de las sociedades, de no tener ahora el comando interior de la moral humana, e ir ésta, por ende, a la sirga del azar, caóticamente individualista, defectible y deleznable.

Algunos insignes capitanes de esa cultura que dijeron haber visto a Dios y comunicádose con él en un acto de presencia real, no nos transmitieron el prodigioso efecto de aquella entrevista, y así, ella quedó desarticulada del haber espiritual del hombre, como un hecho histórico, si histórico fue, esporádico e inútil: el ver a Dios significaba, dentro de la hipótesis conceptiva que de él tuvo esa cultura, descifrar instantáneamente todos los enigmas del mundo y de la vida, de la esencia y la existencia, de la eternidad y del tiempo, que en ese concepto de Dios se suponían evidentes dentro de su simplísima diafanidad existencial, e su rostro, como decían los exégetas de la teodicea vigente entonces. Nosotros no tenemos por qué negar la veracidad ni la verosimilitud de aquella experiencia, ni recusar a sus afortunados poseedores por la gravísima reserva con que guardaron sus efectos ante la angustiada expectativa de todas las generaciones, pero sí estamos en el derecho consecuente de cancelar su valor demostrativo y de calificarlo de inexistente para la especie conjunta.

Y como tampoco ha podido la tal cultura absolver los interrogantes que los recientes adelantos de la ciencia ofrecen a nuestra interpretación y gozamiento, su situación de languidez supina nos conduce, de manera inexorable, a inquirir discursivamente si

es posible el advenimiento de otra que la sustituya y supere.

TODO GRAN descubrimiento de la técnica, todo nuevo paso progresivo de la civilización, el fuego y la rueda, la escritura y el cero, el compás y la brújula, el vidrio y la imprenta, la electricidad y el vapor, etc., determina un avance correlativo prodigioso en la cultura ideológica de los hombres, de un valor casi logarítmico: Ahora bien, los maravillosos descubrimientos y esclarecimientos científicos que actualmente están surgiendo con rapidez inverosímil y desconcertantes magnitudes, no rinden la correspondiente cosecha de ilustración espiritual, porque, infortunadamente, las normas conceptuales y morales de la cultura de occidente dieron de sí cuanto podían darnos, y en su ambiente agónico, occiduo al menos, no pueden ya germinar nuevas creaciones ideológicas, y así, vamos hoy día desnivelados, descoyuntados, desorbitados, como un motor de progreso de fantásticas velocidades acoplado a un lastre de ideas en rotación inarmónica y lentísima.

MAS ELLO es que para saber si el surgimiento de alguna otra cultura es actualmente posible, conviene investigar cuál es el núcleo germinativo o centro de irradiación de cualquier cultura dada, pues sin este conocimiento, nadie podría afirmar, ni menos confirmar, la existencia de nuevas construcciones culturales autónomas.

Y así digo, después de pensarlo muy prolijamente, que ese núcleo ideal es el concepto que el hombre tiene de su posición en la naturaleza, y que sólo veo tres interpretaciones posibles de esa posición: o es el hombre criatura de Dios, como la cultura de occidente nos dice, y todo el mundo intelectual y moral gira en torno a esa divinidad creadora, o es un episodio fugaz dentro de una naturaleza indiferente, como lo conciben muchos escépticos y agnósticos de to-

das las edades de la historia, y entonces nuestra sabiduría y nuestra conducta apenas son un drama místico del azar y un sueño sin sentido; o el hombre, en cuanto especie, se entiende, que lo individual no cuenta (ni contar podría en achaques de esta magnitud), es un creador de naturaleza, una "expresión" progresiva de la deidad, un trance teogónico, que día a día más y más se manifiesta y define en el curso de la historia.

Porque si nadie vio a Dios cara a cara, ni lo pudo intuir satisfactoriamente, la conciencia intelectual del hombre, este su erguirse ante el cosmos que la abriga y sustenta, y sondear en su intimidad y trascender de sus fronteras, e interiorizarlo a su modo en substracto sutil, esto de marchar con la luz y golpear con el rayo, de coser las constelaciones con el hilo de su mente y recoger en un segundo de introspección la evieternidad de las edades pretéritas, eso sí lo vemos con evidencia indestructible, y esto sí es portento que sólo cabe en el concepto de divinidad que hemos heredado de las culturas anteriores.

Hombre, creador de naturaleza, hombre señoreador del mundo, hombre consciente de su propia dignidad, ante ella responsable de su conducta.

¿Que es demasiado endeble individualmente, y fugaz en demasía también? ¿Que la existencia individual está desacorde en su aflictiva cortedad con la prodigiosa esencia que la produce, y la angustia del vivir es, por consecuencia ineluctable, resultado suyo, conflicto suyo? Que el sentirse tanto y el saberse efímero, el anhelar como eternos y el disfrutar como sombras nos afligen? Nadie será osado a negar esta nietzscheana inquietud si se le coloca dentro de las normas conceptuales de la llamada cultura "europea". Sin embargo, en la nueva postulación cultural que estoy brevemente esbozando, es la especie hombre y no el hombre individuo, el sujeto central de todas las con-

sideraciones, y así, el cambio de rumbo interpretativo nos conduce a un cambio de sensibilidad, a una catarsis de la ansiedad inútil con que la antevisión de la muerte nos abruma el espíritu y nuestra voluntad individual entorpece o mucho enmagrece al menos.

SI ALGO eficaz ha de ser la cultura naciente, será sintética, inextricablemente organizada, por modo tal, que partiendo del núcleo conceptual suyo, todo pueda explicarse en legítima concatenación óptica y lógica a la vez, y no cual ocurre en la eurasiática, que necesita zurcir las tesis fundamentales de su composición con puentes de mera fantasía, de aquellos *vr. gr.*, que establece entre el espíritu y la materia, entre Dios y sus criaturas, tapando así con la cortina del misterio las grietas insalvables de su ilógica armazón.

Esto de ser sintética acarreará magníficas consecuencias prácticas para el bien material y espiritual del hombre: así vemos hoy, poniendo por caso la medicina, que la carencia de un concepto sintético de la enfermedad nos conduce a considerar una serie abrumadora de síndromes nosológicos y aplicar a cada uno, en otra serie paralela casi indefinida, terapéutica especial, cuando en la medicina del futuro podrá llegarse al tratamiento conjunto de la salud, a la defensa unívoca de sus posibles trastornos, sin este desmedido afán de diferenciar microbios y agentes patógenos de toda índole, en desmenuzamiento casuístico que nos tiene agobiados de vacunas y preceptos.

Y LEVANTANDO más el velo de estas lucubraciones, podemos avizorar el nuevo oriente y nuevas luces que ellas sugieren para las materias egregias de la humana sabiduría: aislando mentalmente de la tela inconsútil de la realidad del mundo el grandioso "fenómeno" de la vida, cuya solución ha escapado a la cultura de occidente, se pudiera adelantar alguna hipótesis demostrativa del alcance ilustrativo que

aportarán los nuevos rumbos que trato de explorar someramente:

Analizada como adición cuasi exótica a la materia común resulta un maremagno de perplejidades; considerada como manifestación especial del sér, como la revelación de una categoría y potencia suyas, no se rompe la concatenación fenomenológica del mundo, ni estallan en él esos hiatos o diéresis de su operación que nos desconciertan el juicio: la vida puede ser interpretada como la quinta dimensión de la materia, como su dimensión de intimidad. Y no de interioridad meramente, sino de intimidad. Dimensión hacia dentro, integración por ende (capacidad de asimilación), y acumulación de intensidades (potencialidad de transmisión hereditaria).

Y LA CONCIENCIA, este otro enigma de la cultura de occidente, este quebradero de cabezas de todas las filosofías tradicionales, se despeja un poco si la entendemos con una reflexión de la energía hacia adentro: que, así como la luz material rebota en las superficies en ángulo recto de proyección externa, esta luz interior, al llegar a la periferia (hablando metafóricamente), se reflejaría hacia adentro (cual se dice que lo hacen las ondas hertzianas en la estratosfera), y produciría la iluminación de sí misma o sea la conciencia intelectual del hombre.

ESTA CULTURA sintética enaltecería noblemente las relaciones humanas, dentro de las sociedades y dentro de las naciones, y consolidaría la conducta de los individuos, hoy en grave laxitud y delicuescencia, el curso enderezaría de las costumbres en este preciso momento en que la intensa asociación de los humanos las está imponiendo universalmente.

Al encontrar en la especie la unidad espiritual del hombre, y no en el individuo, las normas de asociación se harían más potentes, e irrecusables los postulados de igualdad y fraternidad de todos los pue-

blos y naciones, de todas las clases y agrupaciones, de todas las profesiones y confesiones.

Así nos explicaríamos mejor la tendencia contemporánea a la asociación humanamente universal, pero no como integración en imperios económicos o políticos, lingüísticos o raciales, militares o religiosos, sino culturas estrictamente: en una palabra, como a la común sociedad del ecumene.

El individuo que obrara según el criterio de que pertenece a unidad espiritual superior, a un trance teogónico del mundo, a una divinidad que se va revelando históricamente en la especie humana, no asentaría su comportamiento, como ahora, en motivos externos de conducta, sino en el ineludible mandato de su propia entidad y en las normas indeclinables de la sociedad en que actúa.

Lo que conformaría con la exégesis y sabia hermenéutica de que la moral emana de la asociación, es consecuencia suya y fundamento suyo, eminencia y base a un mismo tiempo de su ejercicio.

Naturalmente me he preguntado en el curso de la elaboración de este estudio cuál puede ser la misión que corresponde a América, en general, y a Colombia en parte, en la génesis de la cultura porvenir: Porque cada continente, según su índole, aporta un mensaje interpretativo del mundo y de la vida, y porque la nación que lo exprese primero será la timonera y piloto de ese nuevo mundo espiritual, será la nación histórica por excelencia.

ASIA, también dotada para la meditación y la fantasía, nos regaló con eximias creaciones religiosas y poéticas; Europa, adicta a la razón y a la medida, desarrolló la ciencia, el derecho, la filosofía y el arte ponderado y armonioso; América, por su voluntad de acción sajona y su sensibilidad latina ecuménica, ha venido prosperando la democracia, la paz y la

justicia, con gran técnica en el Norte y un caótico pero exuberante anhelo en el Sur.

Es indudable que la personalidad cobró de América la recia textura que hoy tiene, por el combate gigantesco que hubo de librar para su conquista y colonización, para la emancipación y cultura de sus vastos y abruptos dominios geográficos; y el universalismo de su sensibilidad, por la miscelánea conjunción y conjugación de estirpes de todos los continentes que convergieron a ella en su poblamiento.

De ahí que América pueda darnos precelente aportación espiritual para alumbramiento histórico de la nueva cultura: Nos la dotará de esa cualidad sintética de que tanto he hablado en líneas anteriores, y del valor universal indispensable para la justa y adecuada asociación de la especie en un conjunto cultural armónico, con armonía de gradación, se entiende, pues que todas las naciones y pueblos pueden ahora nivelarse por una misma cimera altitud de pensamiento y de obra; y nos dará valuación estimulante del hombre en sí, con el gran sentido religioso de su misión y sus deberes, de su poder y sus derechos.

Naturalmente, pueblos aún en formación, no tienen bien consolidada su arquitectura espiritual, ni siquiera se nos presentan con los lineamientos de una asociación suficientemente avanzada para poderles asignar un carácter definitivo: Las dos máximas agrupaciones americanas de anglosajones y latinos, desde luego, se diferencian enormemente en sus modos de ser, de pensar y de obrar, y así, ofrecen morfologías sociales casi opuestas:

Grupo Anglosajón

Grupo Iberoamericano

- | | |
|--|---------------------------|
| 1—En lo social predomina el matriarcado. | Predomina el patriarcado. |
|--|---------------------------|

- 2—En religión: Lo ético- social. Lo teológico-litúrgico.
- 3—En filosofía: Lo prag- mático. Lo especulativo.
- 4—En arte: Lo social. Lo individual.
- 5—En la personalidad: La asociación. El individualismo.
- 6—En la cultura: El análisis. La intuición, la síntesis y la universalidad.
- 7—En la praxis: Lo propio en las costumbres, lo nacional para la política y la economía. Lo uninversal en el sentimiento, y aun en la conducta, muy imitativa a veces.

Con tales condiciones —¿Podría nacer en América cultura uniforme, cultura de auténtica morfología continental? Cada una de las naciones que componen este continente presenta, además, características que la diferencian un poco, y hasta un mucho de sus congéneres: Trazando una sinopsis psicosocial de ellas, tal como se ofrecen a la vista de un viajero de avión desprevenido, y sólo en cuanto se refiere a este momento de la historia particular en cada una, y escogiendo apenas dos o tres adjetivos dominantes para su calificación momentánea y somera, pudiera decirse que:

- Argentina* es nacionalista y progresiva.
- Bolivia* introspectiva, desorientada hoy e insatisfecha.
- Brasil* hábil, emprendedor y dúctil.
- Canadá* firme y ecuánime. (Y de

	afortunada composición étnica, además).
<i>Colombia</i>	moderada, idealista y democrática. (Nacionalista también, pero no bien asociada aún).
<i>Chile</i>	sensato, pragmatista y audaz.
<i>Ecuador</i>	de gran sensibilidad, desorientado y dolorido.
<i>Estados Unidos</i>	ambicioso y humanitario, idealista y técnico, a la vez.
<i>México</i>	combativo, revolucionario y artista.
<i>Naciones Caribes</i>	en conflicto cultural momentáneo, tienen grandes valores espirituales inconexos.
<i>Naciones Centroamericanas</i>	en desconcierto histórico, con buenas virtudes dispersas.
<i>Paraguay</i>	valeroso y tenaz.
<i>Perú</i>	alerta, refinado y sutil.
<i>Uruguay</i>	observador, reformista y bien asociado ya.
<i>Venezuela</i>	inteligente, heroica y muy nacionalista.

De este mosaico se desprende, a primera vista, que hay más diferencia que concordancias, y de ahí que sea difícil esperar la organización de una

cultura de común denominador en el Continente Americano.

Sin embargo, miremos este atractivo problema un poco más inquisitivamente: Existe hoy el PANAMERICANISMO, que aunque sólo sea un movimiento político en su fondo y en su forma, y la CULTURA organización básicamente espiritual, algo tiene que pueda servir para el asiento suyo, y hasta algo tiene que ya participa de algunos elementos vinculados a toda cultura, como son, la soberanía de los estados, las libertades ciudadanas, la higiene y la educación, la economía, en fin, que él se propone defender o fomentar en todo el Continente.

La divergencia caracteriológica y etnológica entre anglosajones e iberoamericanos no es, tampoco, tropiezo irreductible para este surgimiento de una cultura panamericana de estilo universal: Dorios y jonios discreparon asimismo en estas materias, alejandrinos y romanos, también, y más adelante, en la Europa de la Edad Media, las naciones germanas y latinas que en ella intervinieron culturalmente, aportaron elementos espirituales de compensación que la hicieron más rica en su contenido ideal.

Y en cuanto concierne a la variedad de temperamentos de los pueblos iberoamericanos entre sí, recuérdese que asimismo la hubo entre los componentes de la gran anficiónía helénica y aún, más honda, como la que distanciaba a atenienses de lacedemonios, a beocios de argivos: Que si de Atenas sutil surgieron Sócrates y Platones, de la Tebas reposada y pragmatista hubimos la eminencia espiritual de Epaminondas y de Píndaros, que en el orden moral y en el orden mental fueron, y siguen siendo todavía, cumbres perspicuas de la dignidad humana y del humano triunfo.

Sólo una cosa me inquieta en esta composición y constitución de la sociedad de las naciones ibero-

americanas, y es el excesivo fraccionamiento de algunos grupos de ellas, que dieron en formar entidades minúsculas independientes, sin percatar que la gestación y el mantenimiento de una cultura superior y perdurablemente histórica demanda dilatados ambientes de sustentación suya: el demótico, es a saber, cierto volumen de población, el étnico, es decir la buena calidad de sus gentes; el económico, o sea, alguna base de holgura para el hacinamiento y funcionamiento de esta disciplina desinteresada y costosas; el geográfico, o ámbito físico de su ejercicio social; el lingüístico, instrumento eficaz de difusión, idioma hábil, rico y dúctil, para la expresión del pensamiento y el estímulo de las ideas en sí, puesto que una lengua culta es, juntamente, vehículo de la producción mental y elemento catalizador de sus actividades; y el ambiente político, en fin, donde la libertad y la seguridad de la persona tengan apropiado y acondicionado asiento.

Mírese, si no, el escalafón de cultura en que están nuestras naciones de América, y obsérvese cómo existe entre ellas un paralelismo de su alcance con el alcance de esos ambientes respectivos. Y no que todos ellos se requieran íntegramente para el feliz funcionamiento de una cultura superior, ya que unos son más eficaces que otros, y algunos pueden compensarse con el auxilio de fuentes foráneas, dentro de la asociación equilibrada y compensadora de las relaciones universales de la cultura y del espíritu.

Pero, que lo piensen dos veces los pueblos que, por respetable, en otro sentido, vanidad de hacer casa aparte, se están quedando sin techo propio para su alma y su historia: En otras circunstancias y con otra ocasión he dicho que las culturas nacionales están en proporción geométrica con esos ambientes, que una nación de cien millones de habitantes no produce solamente diez veces más cultura que una de diez,

sino centenares de veces superior en intensidad y magnitudes.

EXIMIOS conductores de la humanidad contemporánea, verdaderos hacedores de la historia viva, diré mejor, presuponen que cierto noble grupo de pueblos que hoy día están luchando en pro de los mayores intereses espirituales del mundo, defienden con ello la cultura de occidente, su religión, sus ideales de persona y de Estado, su economía y costumbres, las normas egregias, en fin, de su comportamiento tradicional y del libre curso de sus destinos: Ello está bién, y muy bien, como lema político de combate, como pendón visible e inteligible para todos, y así lo acatamos y queremos.

Mas ello es que dicho programa no se acuerda con la revolución que esta hecatombe mundial subyace, con la revolución espiritual subyacente a ella y de ella determinante, si no yerra el juicio de todos los que nos preocupamos con este asunto, cumbre de cuantos incidieron en nuestra vida y de ella soicitaron cabal entendimiento: Y el más bello asimismo, a pesar de la tragedia apocalíptica que lo encuadra de sangre y de dolores, porque nos dio oportunidad, a los miembros de esta generación, de asistir a uno de los actos supremos de la historia humana y una de las mayores pruebas de la sensatez del hombre libre.

Y no se acuerdan por cuanto acabo de exponer acerca del desfallecimiento de la cultura occidental y de su notoria impotencia para seguir irguiendo el espíritu del hombre y el destino de las sociedades cultas. La democracia, pongamos por caso, y caso el más visible de los propugnados por el grupo de naciones a que me estoy refiriendo, no es ahora, y jamás no podrá seguir siendo, lo que fue para nuestros mayores del siglo XIX, pues la misma fórmula excelsa de Lincoln: "Gobierno del pueblo, por el pueblo y

para el pueblo”, es un eficazísimo enunciado verbal, un apotegma que todos entendemos en su intención legítima, mas no postulado efectivamente aplicable en la dinámica política de los pueblos; y por lo que hace lá emocionante tríada de la Revolución Francesa: “Libertad, Igualdad y Fraternidad”, útil fue en su hora, cuando había monarcas absolutos, nobleza privilegiada y esclavitud de hombres, pero ese mandamiento cumplió sus destinos, y ya es casi inerte: Lo que al presente necesitamos es: Cooperación, en vez de igualdad; Estímulo, en lugar de mera fraternidad abstracta y, por ende, inútil; y Equidad, fecunda equidad, ahí donde arboreció la libertad gentil diariamente restringida hogaño por las irrefragables imposiciones del crecimiento de las sociedades y su consiguiente limitadora convivencia.

ESTA ES la diagnosis y éste el índice de los argumentos a que en largas horas de estudio he llegado respecto de la situación cultural de nuestra época. Muchos de esos argumentos pertenecen al orden lógico y tienen de suyo valor demostrativo; otros son prenociones apenas o porismas de alcance teoremático, que requieren muy sesuda confrontación con las leyes y principios que rigen las ciencias físico-matemáticas y naturales para adquirir “vivencia” científica y algún mérito de certidumbre. Unos pocos demandan ser compulsados con la realidad funcional psico-fisiológica, para saber si resisten esta ruda prueba de verosimilitud. En todo caso, el asunto de la presente disertación exige las dimensiones de un libro muy amplio y serio para poder llenar su arduo cometido técnico: Lo que queda dicho es sólo una aspiración a iniciar entre nosotros los colombianos la inquietud mental por este magno problema del siglo XX, y así, humildemente lo entrego al estudio y a la consideración de mis conciudadanos, como una ofrenda de mi vocación y de mi afecto. Y

porque, honradamente, yo mismo temo en mí y de mí a la hipérbole falsificadora, que en tan graves asuntos siempre nos asedia y siempre nos perturba el propio pensamiento original y sencillo.

Hemos vivido en un "mundo mental" y aprendido que nuestros grandes conflictos y tragedias son mentales también. Ahora vamos a ensayar una interpretación del mundo mejor articulada a sus manifestaciones evidentes, con derroteros ideológicos aún más amplios: Vamos a ver si al prodigioso dominio del espacio, que el hombre ha logrado en las últimas centurias obtener para su felicidad y engrandecimiento, podemos añadir mayor dominio del tiempo, que algo más lo acerque al señorío de su propia existencia y de la naturaleza en que vive, y a la semblanza del dios con que ha soñado desde el alba misma de su aparición en la historia.

La asociación equitativa de todos los pueblos de la tierra en una sociedad católica del espíritu será la base infrangible de esta cultura universal, hoy en ciernes: Hagámonos dignos de su promisoría epifanía contribuyendo con algo a esa asociación justiciera y fecunda.

